

El libro que comentamos es un signo claro de la vitalidad que tiene en Norteamérica la teología natural que, a diferencia de la tradición europea, ocupa importantes espacios de diálogo en el mundo filosófico. Esperamos que el autor prosiga su estudio y pronto veamos publicados los dos siguientes volúmenes.

Francisco CONESA

Julián MARIAS, *Tratado de lo mejor. La moral y las formas de la vida*, Alianza editorial, Madrid 1995, 180 pp., 20 cm., ISBN: 84-206-9432-0.

Después de realizar un recorrido, en líneas muy generales, a lo largo de la historia de la moral, Marías concluye que «no es fácil ni sencillo el planteamiento leal de la cuestión de la moralidad. Claro que esto no es una objeción que pueda tomarse en serio» (18). De hecho, él intenta con este libro un particular planteamiento de la moral. El libro, escrito en breves capítulos, se puede dividir en tres partes, a nuestro modo de ver: una primera (capítulos 1 a 13) en la que Marías explica las categorías a partir de las cuales elabora su concepción de lo moral; una segunda (capítulos 14 a 19) en la que, a la luz de lo visto en los capítulos precedentes, hace un recorrido histórico de lo que considera la crisis actual de la moral, situando su origen en el siglo XVIII; y una tercera parte (capítulos 20 a 23) en la que toca temas concretos e importantes en la moral, explicándolas desde sus categorías. Este planteamiento de la moral que intenta Marías, y que podemos encontrar en muchos de sus escritos, se encuentra en este libro expuesto de forma sintética y con una visión de conjunto. Esto justifica que nos detengamos en un estudio más profundo de este breve libro.

Antes de entrar en el contenido de cada uno de los capítulos, me parece importante señalar una cuestión. El capítulo 23, *La imagen de Dios*, es a mi entender el más importante. Aunque esté bien situado el último y exista una intención por parte de Marías en la estructura de los capítulos, recomendaría leerlo en primer lugar, pues presenta un buen resumen de su pensamiento, ofreciendo así un marco adecuado para entender el resto de los capítulos. Además, es en este último donde se justifica plenamente el título del libro, *tratado de lo mejor*, idea que me parece muy adecuada, y que pone de manifiesto una profunda comprensión del ser personal que es el hombre.

Por otro lado, Marías hace continua referencia en el libro a la idea de la autenticidad. En esto, a mi entender, sintoniza con otros autores que tratan el tema de la autenticidad de forma más directa, como por ejemplo Ch. Taylor en

su libro *La ética de la autenticidad* (Paidós, Barcelona, 1994), y R. Yepes en *La persona como fuente de autenticidad* («Acta Philosophica» 6 [1997] 83-100).

El autor empieza hablando de la libertad, una característica fundamental del hombre. El hombre —afirma— no puede vivir sin preferir, sin elegir (libertad). La moralidad implica la justificación de los actos. Aquí es donde aparece por primera vez la expresión «lo mejor», de la que hace un breve estudio lingüístico en el que muestra cómo la raíz de «lo mejor» es distinta de la raíz de «bien», y tiene que ver más con la elección. De esta forma, se descubre la libertad, no tanto como posibilidad, sino, en primer lugar, como libertad ejercida (que después se proyectará al futuro); y con la libertad, la responsabilidad. El ámbito de la moralidad, lejos de reducirse a un tipo particular de conductas, «afecta a la vida entera y desde ella a cada uno de sus momentos, aspectos o ingredientes» (28). La vida humana, concluye Marías, es intrínsecamente moral, ya que el hombre es intrínsecamente libre, y así vive.

Marías entiende lo moral, como ya indicaba, a partir de una serie de categorías claramente relacionadas con la filosofía de Ortega y Gasset, con la que Marías entronca de modo formal. Resultan muy ilustrativas, en este sentido, unas palabras suyas en las que se contienen prácticamente todas estas categorías: «La vida humana, en su condición efectiva, antropológica, está constituida por el repertorio de sus *instalaciones*, desde las cuales se proyecta *vectorialmente*, con diversas direcciones e intensidades, en una pluralidad de *trayectorias*, realizadas o no, cuyo conjunto es su conducta, sujeto primario de la moralidad. A esto tiene que referirse toda doctrina moral que pretenda evitar la abstracción» (44). Pero para entender completamente esto, hay que tener en cuenta lo que Marías dice en otro momento: «La vida es sistémica, y esto es siempre lo que decide. La moralidad, que afecta a la persona como tal, no tiene demasiado que ver con cada acto por sí mismo: es evidente que lo que cuenta es la motivación, y esta se encuentra en la vida en su totalidad; mejor dicho, rara vez se encuentra, porque no se la busca» (157). Con esto, han aparecido ya una serie de categorías que Marías trata de ir explicando a lo largo del libro: instalaciones (que explicará desde las vigencias), proyección vectorial, circunstancias, intensidades, trayectorias, y sistematicidad de la moral.

El autor hace referencia a las *vigencias* (leyes, ordenanzas, estilos y costumbres que están en vigor y observancia). Lo decisivo de estas vigencias es que hay que contar con ellas, obligan a tomar posición. Según Marías, tanto las vigencias como la situación histórica son categorías que hay que tener en cuenta a la hora de establecer el juicio moral. Aunque, si bien es cierto que la situación histórica y social trae consigo una serie de condicionantes, lo que hay que ver es si éstos son determinantes o no.

Teniendo en cuenta lo anterior, Marías establece la existencia de *instalaciones* (corporalidad, sexo, lengua, profesión, etc.), a partir de las cuales el hombre se proyecta vectorialmente. Instalaciones que se pueden interpretar de distinta forma según las vigencias sociales. Para Marías, la vida humana acontece en una gran instalación, unitaria como la vida misma, pero articulada en varias, de las que el hombre toma posesión al vivir. Vivir que consiste, pues, en *proyectarse vectorialmente* desde las instalaciones, en actos definidos por una intensidad variable. Sin embargo, sostiene Marías, la consideración moral ha desatendido, con cierta frecuencia, estas instalaciones previas de donde parten los vectores, condicionados por ellas. Por lo demás, las instalaciones se interpretan según las vigencias sociales, lo que lleva consigo una variedad de actitudes.

Subraya la importancia de las *circunstancias* en el actuar moral de la persona, pero deja claro, desde el principio, que esta postura no tiene nada que ver con la llamada ética de situación, pues las normas negadas por esta son, para Marías, necesarias como elemento o ingrediente de la circunstancialidad. Las circunstancias son, en cambio, «algo que encuentro, y frente a las cuales tendré que tomar una libre posición» (70). El contenido de la circunstancia es primariamente el repertorio de las interpretaciones, que no son recibidas pasivamente, sino que se pueden modificar, rectificar, rechazar, etc. «Lo decisivo, y que es ingrediente necesario de la moralidad, es tener presente la *modificabilidad* esencial de la circunstancia... La moralidad en el trato con la circunstancia está tan lejos de la pasividad como del capricho o la codicia. La acción personal sobre lo dado, tanto mental como técnica, la transformación activa y justificada, la aprobación o rechazo de lo existente, son claves de la moralidad» (75).

Las *trayectorias* —llegando así a otro concepto clave— son ellas mismas biográficas, y no elementos de una biografía. Se engendran en cierto momento y duran más o menos, entrelazándose unas con otras y conviviendo de forma pacífica o no. En algunos casos concretos, las trayectorias se encaminan a algo *intrínsecamente* bueno o malo, y esto las condiciona, con diversos matices. Pero esto es relativamente excepcional, afecta a ciertas trayectorias, cuyo puesto en la vida es relevante, pero no se pueden tomar como criterio general. Se puede establecer una jerarquía de las trayectorias según su hondura y la implicación de la persona en ellas. «La autenticidad es, además del contenido argumental, el principal factor de moralidad de las trayectorias. Las falsas desvirtúan la vida previamente a los actos y conductas concretos» (79).

Según Marías, aunque las instalaciones tienen una dimensión moral, son sólo el punto de partida de los *vectores*, en los que propiamente consiste la vida. Con lo que se tendrá que tener en cuenta no sólo las instalaciones, sino también los vectores o, con palabras de Marías, las instalaciones vectoriales. Estu-

dia cómo hay que evitar el peligro de atomización de la vida moral, y considerar los actos concretos dentro de una vida integral, con un sistema total de justificaciones. Pues bien, una característica que presentan las instalaciones vectoriales (consideradas como sistema integral que conforma la vida) es la *intensidad*. «Esta intensificación es la forma en que el hombre expresa más enérgicamente la gratitud por esa vida que le ha sido dada, en y con la cual se ha encontrado, precisamente como un *quehacer*, como algo que cada uno tiene que imaginar, proyectar y realizar. Es la aceptación real de ese *don*, que se presenta, al menos en principio, como algo positivo, valioso, posiblemente maravilloso» (103).

Teniendo en cuenta lo dicho anteriormente, Marías añade algo que, a mi entender, resume el dinamismo moral entendido desde sus categorías: «Desde la realidad, valiosa en sí misma y llena de posibilidades, empezando por la propia del hombre que va a hacer su vida, apoyándose en todas las instalaciones desde las que se pueden proyectar los diversos vectores, con cuidadosa selección de la cualidad u orientación de estos, la moralidad de la vida consiste en lograr la máxima intensidad, teniendo presente que el hombre no necesita tener éxito, que el fracaso es una de sus posibilidades, y que también tiene valor cuando algo se ha intentado con plena voluntad de acierto» (105).

Como señalaba al principio, Marías dedica los capítulos 14 a 19 a realizar un análisis de la crisis actual de la moral desde las categorías que a presentado en los capítulos precedentes. Dentro de ese análisis histórico, que parte de la constatación de la desorientación moral de nuestra época, cabe destacar: la afirmación según la cual el origen de dicha desorientación moral se sitúa en el siglo XVIII, en el que se produce un debilitación de las vigencias religiosas; la conservación, en los siglos XIX y XX, del contenido de las vigencias religiosas que se habían rechazado, que lleva a un posterior rechazo también de dichos contenidos —ahora sin fundamentación— y a una búsqueda de nuevas vigencias, lo que de hecho ha dado lugar a una fuerte desorientación moral; y, finalmente, la negación del sentido y de la persona.

Haciendo referencia a esta última, Marías afirma que la negación de la persona viene como consecuencia de considerar la persona como un hecho, un *factum*. Pero la persona humana, añade el autor, «no es un *factum*, un hecho, porque nunca está hecha; es un *hacerse*, abierto al futuro, proyectado hacia él, constitutiva innovación libre. Esto es lo que está desapareciendo en el horizonte del hombre de nuestra época. Por fortuna, no es posible» (140).

En resumen, todo el planteamiento que se nos ofrece en este libro acerca del hombre y de la moral, se puede condensar en una palabra: vocación, subra-

yando su carácter globalizante del sistema de vida, que es a última hora lo que decide la moralidad y la justificación de todos los contenidos parciales de la vida humana. La vocación es lo que confiere unidad y unicidad a la persona. Se manifiesta en una pluralidad de llamadas, a diversas cosas, a lo largo de la vida; y la combinación de estas llamadas con el azar define la posibilidad de las trayectorias. El hombre es capaz de descubrir en cada circunstancia una llamada que, si es auténtica, le hace sentir la necesidad de seguirla con una «obligación» que, paradójicamente, presenta el carácter de poder ser incumplida. Hay vocaciones parciales, que afectan a algunas trayectorias, así como un *proyecto* que constituye el argumento último y radical de la vida. Ante esta vocación somos libres, no de reconocerla, sino de seguirla»

Pero para comprender todo su planteamiento, añade Marías, se debe partir de la consideración del hombre como imagen de Dios. Al llegar a este punto, cabe preguntarse —y así lo hace Marías— si la validez de su planteamiento se limita a los cristianos. El autor responde de la siguiente manera: «Sí y no. En principio, su fundamento es esa visión del hombre creado, y de la manera precisa que el Génesis relata y el cristianismo revive. Pero si, al examinar la significación de esa interpretación del hombre, se encuentra que responde a los rasgos que el planteamiento descubre, alcanzaría una validez independiente de la fe, con una justificación nacida del análisis de la realidad humana» (178).

El autor intenta, con estas palabras, hacer comunicable a todos los hombres la moral cristiana. Sin embargo, discrepo de la solución a la que llega. Lo que da validez a la moral es, efectivamente, la imagen de Dios en el hombre; pero Marías sostiene la posibilidad de alcanzar una validez, independiente de la fe, justificada en el análisis de la realidad humana, lo que no resulta exacto y se expone a un cierto reduccionismo. El hecho es que la afirmación del hombre como imagen de Dios tiene una fuerza plena en el contexto de la fe. Ciertamente, el no creyente, al ver situada esa afirmación, puede captar en ella aspectos racionales, es decir, naturalmente demostrables o perceptibles, pero esos aspectos remiten a la verdad total cristiana, en la que tienen pleno sentido.

El libro, en general, ofrece un tratamiento de la moral desde una perspectiva muy particular del autor, pero muy interesante, a partir de una serie de categorías —y de un acertado análisis histórico de la crisis moral actual— que pueden arrojar luz sobre algunas cuestiones morales de las que todavía hay mucho que decir y aclarar. Es, en definitiva, un libro agradable de leer, y que ayuda a plantarse una serie de cuestiones morales que necesitan de una respuesta por parte del hombre actual.